

MANUEL ALONSO

EL FUGITIVO

EX TENIENTE REPUBLICANO

Con la mano ancha, fuerte, que se hace compañera en el apretón; con la mirada limpia y cansada en el rostro que se agotó trabajando, sufriendo, luchando...; con una historia de fusiles y hambre, de lejanías y barricada, la presencia de Manuel Alonso García, aquel que tomó parte en la revolución de Asturias de 1934 «porque no podía comer», se hace recuerdo, testimonio histórico y presente de concordia, en la tranquilidad de su habitación de una residencia de la Gran Vía madrileña cuando la mañana todavía huele a sábanas con ojos cerrados. Y la mañana se despereza cuando el luchador republicano habla, con sus sesenta años madurados de vicisitudes, de la España de hoy. Esa España que le vio llegar de las lejanías allá por 1974 y que ahora, según él, debe ser—no me queda odio contra nadie—de amor, de reconciliación y de labor conjunta que sea capaz de superar pasados y diferencias.

Cuando corrían las calendas de 1934, con motivo de la revolución de Asturias, Manuel Alonso García—casado, una hija—fue encarcelado por su participación. «Mi partido político era ciccho años de entonces el del hambre; a mis dieciocho años estaba definido políticamente, pero no tenía que comer.» Hijo de padre minero y socialista, con cinco hermanos más—«dormíamos apilados en una cama casi todos», era botones de un café ovetense...

—Y me acuerdo que llevaba pasteles a la casa de Carmen Polo de Franco. Y me daba una peseta de propina, lo que me valía para ir comiendo...

Dos años en la Cárcel Modelo, de Oviedo, y el 16 de febrero de 1936 sale hacia la libertad, cuando el Gobierno Aznárez decreta amnistía. Y entonces Manuel Alonso se hace boxeador para participar en la Olimpiada de Barcelona del 19 de julio—como componente de la Federación Cultural Deportiva Obrera (U. G. T.)—, que estaba organizada como réplica a la Olimpiada fascista de la Alemania hitleriana...

—Salimos en junio para Barcelona vendiendo sellos para sacar fondos. Nos hicimos más de mil kilómetros caminando. Y todo fue llegar en julio allí y estallar la guerra. Y cambiar, en una madrugada inesperada, los guantes de boxeo por la ametralladora.

Y comenzaría la rueda de la batalla: asalto a Taranas, Pedralbes... Se organizaron columnas para el frente, y en Lérida se separó con Del Barrio de la columna Durutti para ir a Tardienta, donde estuvo hasta diciembre en el frente establecido.

—Pero cuatro asturianos y yo decidimos ir a nuestra tierra para ayudar allí. Y conseguimos, pasando por Francia, llegar a Gijón. Allí me dieron que mi madre guardaba luto por mí... Conseguí verla, y en Oviedo, en el frente, estuve cuando la ofensiva de febrero del treinta y siete... Se llegó a pelear hasta en lo que hoy es el estadio Carlos Tartiere...

Herido en una pierna estuvo quince días en el hospital de Mieres. Simpatizaba—sin militar—con las Juventudes Socialistas Unificadas y con la U. G. T. Y volvió al frente...

—Pero llegó, la catástrofe de Asturias. Ahí se definió la guerra, pues en el frente de Oviedo estaban los mejores hombres.

Y a Gijón y a Avilés, huyendo. «La gente se mataba en el puerto ante las dificultades para huir; sin lanchas, sin barcos. Al fin conseguí pasar a Francia después de mil penalidades y estar muchos días sin comer.»

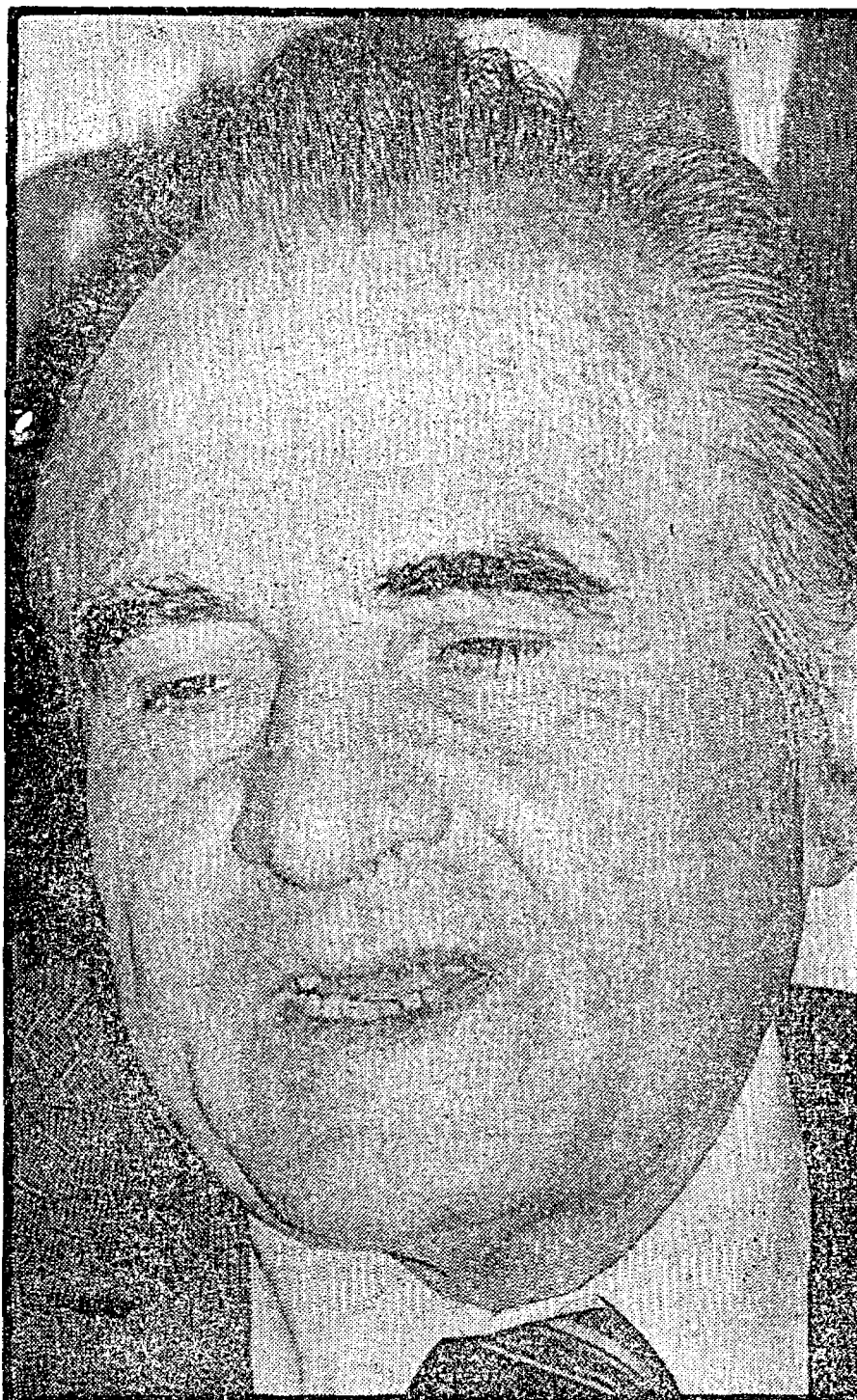
Pasó a Cataluña, y de infantería a artillería antiaérea, a la D. E. C. A. —Allí nos tocó lo peor

"Hay que olvidar la guerra"

—evoca—. Estuve en Mora de Ebro y pasamos el río en la ofensiva de finales de 1937. A mi brigada le dieron el distintivo del valor. Luego pasé a Artesa de Segre, en donde me ocurrieron todo tipo de peligros y penalidades. Estuve a punto de ser ejecutado por error porque salvé la vida a un compañero. Y llegó la ofensiva de Teruel, algo de lo más horrible que un ser humano puede recordar...

(La carpeta de papeles y documentos, vieja, raída, con la historia descarrilando por cada hoja amarillenta, vuelve a aparecer por enésima ocasión. Son trozos de vida del teniente ayudante Alonso; son retazos del sentir de millones de españoles.)

—Hubo que retirarse y fuimos a Montalbán, a Barcelona, a Gerona. Estuve defendiendo el castillo de Figueras, en donde había mucho dinero. Pero ya todo se estaba hundiendo... Tras la retirada de Ca-



traría un trabajo en una fábrica de laminados.

—Pero veinticinco pesos semanales tampoco daban para comer. Al final conseguí un trabajo como mesero (camarero), merced a que conocí a mucha gente importante como Manolete, Batista o el ex presidente mejicano Cárdenas. Conseguí poner algunos restaurantes en Méjico, sí; y bares, y negocios, pero siempre con muchos altibajos. Allí también conocí a Monard—o Mercader, que nadie supo cómo se llamaba—, el hombre que mató a Trotsky. Y me casé, y nació mi hija...

Pero su hija vendría a España, y los treinta y cinco años de ausencia empezaron a pesarle. Y en febrero de 1974 tomaba el que fuese teniente Alonso tierra española—«me preguntaban continuamente en el viaje si me regresaría nada más llegar». Y una de las primeras cosas que hizo fue recorrerse todos los frentes que fueron...

—No comprendo cómo quedan todavía huellas de las trincheras o edificios con los balazos sin remozar. Tienen que borrar los vestigios. La guerra hay que olvidarla, y eso no se puede hacer sin que su imagen desaparezca de los lugares donde tantas gentes viven.

Al fin, afincado en Madrid. Estableció un restaurante que se le fue abajo. Y ahora sólo vende zapatos ortopédicos y hace visitas médicas. Y a sus sesenta años encuentra dificultades para trabajar...

—No me considero represaliado, no. Soy amigo de todos. Con muchos falangistas me llevo, ahora, como un hermano. ¿Hoy día? Claro que sigo siendo socialista; no estoy adscrito, pero votaré en socialista.

—¿Cómo ve la España actual?

—Creo que la están llevando bien, abriendo po-

co a poco las válvulas. Nuestro problema es que lo queremos resolver todo a golpe limpio, por eso tienen que controlarnos. He encontrado otra España, con conquistas; por eso creo que ahora hay que reunirse en torno al Rey. Lo pasado, pasado. Y es que sería horrible que se llegase otra vez a la guerra que sufrimos. No vale la pena dar la vida por una idea; es el momento del diálogo.

No hay odio en sus palabras ni ira; hay un amplio deseo de conciliación en un hombre cansado, pero aún pujante; un hombre, algo solitario ahora, que evoca sin querer sufrimientos con la mirada...

—Yo comprendo que los que llevan cuarenta años sentados en una silla se pongan nerviosos al ver posibles cambios. Es algo humano que a todos nos pasaría. Pero, repito, cabemos todos. Y hay mucha gente que lleva cuarenta años sin silla, fuera del país. Y es que nosotros fuimos derrotados, pero no vencidos. Siempre se puede actuar. Por eso creo que toda la llamada oposición debe unirse para hacer un partido fuerte como lo han hecho otros...

Y se quedó en el silencio de su habitación modesta. En el olvido de su trabajo oscuro. En la tolerancia de su no afiliación. En el recuerdo de sus años de lucha. Se le perdió un fusil y buscó la charla. Sin odios...



Lino VELASCO
Fotos BOUTELLIER